

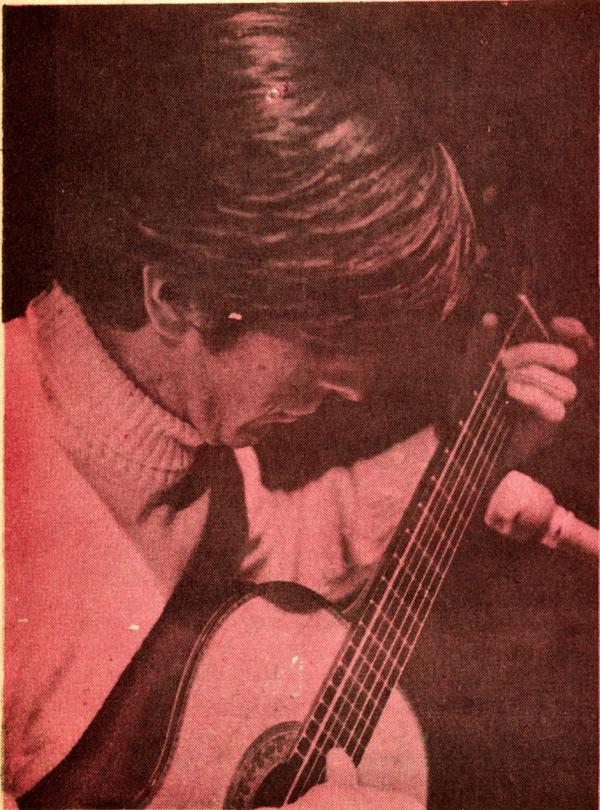
# Daniel Viglietti

## El Reposo del Guerrero

Su trayectoria es rica en alternativas, generosa en vicisitudes, como suelen serlo las de los auténticos creadores. A los 31 años, Daniel Viglietti no vale sólo como uno de los principales cultores uruguayos de la canción popular en su triple faz de guitarrista, cantor y compositor: de alguna manera y sin que eso le reste definición en lo personal, representa también toda una tendencia que, recubierta de modalidades distintas, hace eclosión aquí como en muchas otras latitudes. Por algo contabiliza su experiencia de viajes por América Latina como fundamental; no en vano puede colocar, sin cometer herejías, a Atahualpa Yupanqui junto a The Beatles en el mismo altar de sus devociones más íntimas. Con otra madurez, claro, está repitiendo al niño de siete años que alguna vez fue y que saltaba de un disco de Stravinsky a uno de Antonio Tormo. Setenta y dos horas antes de la Navidad de 1970, Viglietti recibió a HIT en su domicilio —un aseado apartamento donde la calle Andes se encuentra con la rambla Sur— y juntos repasaron los principales peldaños de esa trayectoria.

### UN DIA, UN DISCO

"Nací en Montevideo, en el Hospital Militar —precisa—; me crié en el barrio de Sayago. Mis padres eran músicos ambos: mi madre tocaba el piano y mi padre, que siguió la carrera militar, la guitarra. Por ellos me acerqué a la música, pero al principio como oyente. A los seis años le pedí a mi madre que me regalara una grabación de "Petrushka".



Es que lo primero en gustarme fue ese tipo de música al que todavía tenemos que llamar "clásica", con comillas".

Pero poco después se enferma y, junto con la receta del médico que prescribe una temporada de reposo, llegan a la casa una Victrola de manija y un montón de discos de 78 revoluciones comprados en la feria de Tristán Narvaja. Entonces descubre a Gardel a Magaldi, a Los Trovadores de Cuyo, a Tormo. A este último más que a ningún otro: "Era mi ídolo; lo adoraba", se sonríe ahora al recordar el impacto de aquella voz aflautada que enternece corazones con el vals "Amémonos" y los divertía con "El rancho e'la Cambicha". Más tarde, ya en su etapa liceal, se va por un año a Minas y allí absorbe el nuevo aluvión folklórico argentino: Eduardo Falú ("me causó una gran impresión"), Los Chalchaleros, Yupanqui. Definitivamente contaminado, empieza a animarse a tocar la guitarra y cantar en ruedas de amigos. Al principio le bastan los dos acordes básicos para acompañamiento, pero en seguida quiere saber más sobre el instrumento: de vuelta en Montevideo inicia estudios formales con Atilio Rappal. A medida que aprende los secretos de primas y bordonas, le nacen las primeras canciones. Tan espontáneamente le nacen que hoy no puede acordarse cuál es la primogénita: "Siempre estoy en la duda entre "El viento" y "Milonga del Santa Lucía" —titubea. Eran canciones que se referían al paisaje, aunque había alguna de tema amoroso, como "Niña Isabel".

Ya sabe tocar aceptablemente la guitarra (más adelante ingresará al Conservatorio Nacional de Música, para perfeccionarse con Abel Carlevaro) y ya tiene un repertorio de canciones propias y ajenas. No le hace falta nada más para debutar en Radio El Espectador ("era la radio que en esa época amparaba más a los artistas de nuestro estilo") y para grabar el primer long play en el sello Antar ("desde el punto de vista de la letra ahora lo veo como una experiencia muy inmadura y desde el punto de vista de la música como un primer paso, como una búsqueda").

Viene luego el encuentro con Juan Capagorry ("cuando estuve en Minas lo conocía de vista"), que genera el segundo disco: "Hombres de nuestra tierra", una precisa saga de personajes del Interior del país a la que él —riguroso— clasifica apenas como "un intento de mayor autenticidad al recurrir a alguien que conocía de cerca esa realidad".

### CRONICAS DEL SUBDESARROLLO

El reloj de cada artista suele marcar horarios diferentes. El de Viglietti no es de los que andan a marcha acelerada: acostumbra a tomarse su tiempo para maquinar sus nuevas composiciones aunque, una vez que se cumplió ese proceso deliberativo, "me pongo a trabajar dos meses de corrido y me sale el disco". Ahora mismo, no oculta que "voy a hacer un disco en 1971", pero no quiere fijarse fecha alguna porque "estoy midiendo el paso".

Lo anterior explica el vacío de tres años que hay entre "Hombres de nuestra tierra", prensado en 1965, y "Canción para el hombre nuevo", con el que debutó en el sello Orfeo en 1968. Un vacío sólo discográfico, eso sí: vivencialmente, Viglietti se enriqueció con un viaje a Cuba para tomar parte en el Encuentro de la Canción Protesta, desarrollado en 1967. Cuenta: "La mitad de las canciones de ese disco las compuse allá. Después, antes que se editara aquí, apareció en París en el sello "Le Chant du Monde", con una hermosa carátula diseñada por Miguel Bresciano". Y analiza: "Me di cuenta de la necesidad del cantor como cronista del subdesarrollo. Aunque también me preocupa mucho evitar el panfleto y seleccionar con cuidado los materiales poéticos. Es el caso de Vallejo, un poeta de gran nivel al que creo que hay que popularizarlo, sacarlo del libro".



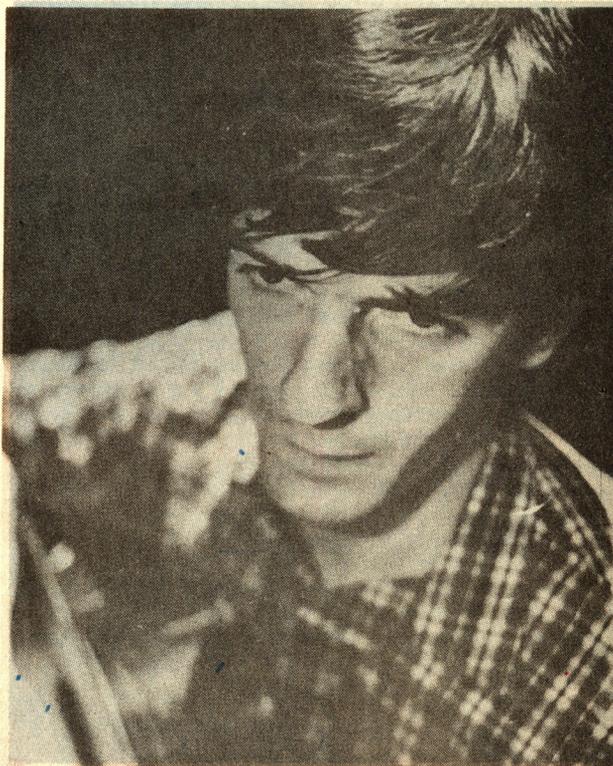
Otros viajes que lo afirmaron en el nuevo rumbo fueron los tres que hizo a Chile, donde conoció a Violeta Parra y a sus hijos ("a los Parra los considero tan importantes como Yupanqui en el panorama latinoamericano, como Brassens en el francés") y la gira europea que incluyó Francia, España, Unión Soviética, Checoslovaquia e Inglaterra. Hace poco, protagonizó tres temporadas en el Teatro Payró de Buenos Aires, una de ellas junto a Dahd Steir y Los Olimareños.

Del encuentro con Violeta Parra dejó también testimonio en el que hasta ahora es su último disco: "Canto libre", que apareció decorado con otra tapa de Bresciano en enero del año pasado, y en el que asentó un par de canciones de la chilena. A la lista de tareas realizadas deben sumarse además las músicas para obras de teatro; "La Celestina", "La Dorotea" y "Volpone" entre las más valiosas. "En Volpone, por otra parte, me saqué el gusto de tocar el laúd", se regocija. Más flamante todavía es su experiencia del NEMUS sigla que responde al Núcleo de Educadores Musicales, una agrupación fundada por él junto a otros compañeros con el deliberado propósito de dinamitar los rieles de la enseñanza tradicional de la música.

#### LA CANCIÓN SOY YO

Si el público espera con tanta expectativa esos long plays que Viglietti va exhumando con *relantiseur*, se debe a que la calidad parece huésped seguro de los mismos, pero también a que se hace difícil escucharlo personalmente. Su explicación: "Hasta que no tenga algo nuevo no me gusta hacer recitales. Me parece que no tendría sentido ir a cantar lo mismo". Es un permanente afán renovador que estalla por otro costado: "Estoy convencido que la perdurabilidad de esta etapa de la canción popular está muy ligada a la exigencia que se pongan sus creadores y a la audacia en la búsqueda de nuevas formas".

Tanto o más difícil que ver programado un recital, es toparse con grabaciones suyas en la radio. "Me consta que hay emisoras que dicen que no tienen mis discos, cuando la verdad es que la firma grabadora se preocupa de hacerlos llegar a todas sin excepción" ataca. Son contratiempos que por



supuesto, deben estar en las previsiones de quien conoce perfectamente el camino por el que transita: "El público que va a escucharme no quiere solamente sonidos. Yo no hago música pura sino "impura", diría. Transmito una concepción del mundo, un punto de vista moral".

HIT: ¿Eso sería la canción de protesta?

VIGLIETTI: Eso serían mis canciones.

J. R. S.